

Vida consagrada y pastoral juvenil Entre significatividad y relevancia

1. Introducción

Es indudable que el tema de la vida consagrada en el mundo de hoy, en particular en la “cultura juvenil” de la sociedad secularizada de Europa occidental, no es fácil de afrontar, y a veces ni siquiera de discernir. Sobre el tapete se encuentran muchas claves de lectura, interpretaciones desde diferentes perspectivas, e indudablemente, también muchos intereses. Antes de comenzar a hablar del problema en sí mismo, quisiera subrayar dos aspectos que me parecen fundamentales para poder contemplar, con ojos de “buenos pastores de los jóvenes”, esta realidad.

En primer lugar, creo que no se puede profundizar la problemática de la vida religiosa desligada de la vida cristiana en cuanto tal. Esta afirmación no es gratuita, pues algunos análisis se basan más bien en la *oposición* de ambos aspectos: muchos jóvenes cristianos quieren comprometerse generosamente, sí, pero no en una estructura que consideran obsoleta, o al menos condicionante de su entrega a favor de los demás. Exagerando, diría (evocando frases del pasado reciente) que su slogan es: Cristo sí, compromiso por el Reino también, Iglesia no, vida religiosa ni pensarlo.

El segundo elemento es el tono con el cual tratarlo: personalmente, creo que no es positivo comenzar con una valoración *axiológica* de la situación actual, que conduce, casi inevitablemente, al pesimismo y a afirmar que los jóvenes de hoy son “menos buenos” (por no decir “peores”) que los de épocas precedentes. No se trata simplemente de una estrategia de “*captatio benevolentiae*”, sino que es una convicción de nuestra fe: Dios no ha abandonado a su pueblo, y mucho menos ha dejado de ser la juventud “la porción más delicada y valiosa” de la sociedad humana, como solía decir san Juan Bosco. Sería caer en el mismo juego decir que “es mejor” que en otros tiempos (y no me faltaría razón, en algunos aspectos); simplemente digamos, como punto de partida, que es una situación no sólo diversa, sino sobre todo *inédita*: muchos factores actuales *nunca* habían existido en nuestro mundo. Por mencionar alguno de estos factores, retomando lo que decía a los Superiores Generales en una conferencia en mayo de 2006, el ser humano, aun viviendo siempre en el presente (lo cual resulta obvio), es un “animal de futuro” (E. Bloch, W. Pannenberg): está colocado por naturaleza “frente a” lo *utópico*, a lo que todavía “no tiene lugar” en nuestro mundo y en la historia. Esto puede decirse, a *fortiori*, de las generaciones jóvenes, que llevan esta orientación al futuro desde su misma identidad psicosomática, inscrita hasta en la más humilde de las células.

Por ello, constatamos en la situación postmoderna un drama “trágico”: la **amenaza de futuro** que se cierne sobre la humanidad coloca, sobre todo a esta generación joven, ante una contradicción existencial: por una parte, con una exigencia irresistible de un horizonte de futuro, y por otra, con la carencia de dicho *horizonte*. Si a esto agregamos el rechazo al pasado por parte de la cultura juvenil actual, concluimos que se encuentra encerrada en el mínimo espacio que le permite el presente, sin más remedio que tratar de “vivir el instante que huye” (*l’attimo fuggente*). En dicha conferencia, hacía notar dos elementos fundamentales e inéditos: la posibilidad de una guerra nuclear, que por primera vez en la historia de la humanidad podría destruir el planeta, o al menos la vida humana en ella (¡poco consuelo puede ofrecernos la posibilidad de la supervivencia de las cucarachas!) y el desequilibrio ecológico; problemas que reflejan, dramáticamente, el carácter global de la humanidad actual: “todos somos iguales... frente al agujero de ozono”, dice J. Moltmann. Esta “*supresión desde fuera*” del *horizonte de futuro* es un factor típico de nuestro tiempo, y es fundamental para comprender la obsesiva fijación en el presente, y la búsqueda de satisfactores inmediatos, que caracteriza la era postmoderna: ya que no es lo mismo “querer vivir el hoy” en la perspectiva del mañana, que tener que anclarse en el hoy, porque quizá no exista el mañana...

Aun dentro de dicha novedad absoluta, y de la complejidad de la situación juvenil, me parece muy iluminador un texto del gran novelista ruso F. M. Dostoyevski, del final de su novela *El Adolescente*, escrito en la década de 1870; por lo tanto, hace ya casi 150 años:

La juventud es pura, sólo por el hecho de ser juventud. Quizá los impulsos tan precoces de locura encierran justamente una sed de orden y una búsqueda de la verdad. ¿De quién es la culpa, si ciertos jóvenes de nuestra época buscan esa verdad y ese orden en cosas tan estúpidas y tan ridículas que ni siquiera se comprende cómo han podido creer en ellas? Diré a este propósito que antiguamente, en una época que no está tan lejana, el espacio solamente de una generación, se habría podido sentir menos lástima por esos interesantes jóvenes, puesto que entonces acababan casi siempre por sumarse con éxito a la capa superior de nuestra sociedad cultivada y no formando más que un conglomerado con ella. Si, por ejemplo, al iniciar el camino, se daban cuenta del desorden y de la absurdidad, de la ausencia de nobleza de su ambiente familiar, de la ausencia de tradiciones y de bellas formas, pues bien, era muchísimo mejor, puesto que en seguida aspiraban conscientemente a conquistar lo que les faltaba y por eso mismo aprendían a estimarlo. Hoy en día las cosas son muy diversas, precisamente porque ya no hay casi nada a lo que se puedan aferrar¹.

Por ello, trataré más bien de describir algunos rasgos de la situación juvenil y *profundizar* en ella, específicamente en relación a nuestro tema, la vida consagrada: sin omitir, evidentemente, los necesarios juicios de valor.

No quisiera dejar de mencionar, en esta introducción, un factor típico de nuestro tiempo, a nivel mundial: el crecimiento del *Islam*, que ha venido, específicamente en Europa, a “romper las reglas del juego” del ambiente secular, y muchas veces secularista, al que se creía estar llegando pacíficamente.

De ninguna manera pretendo analizar este fenómeno tremendamente complejo, y menos aún justificarlo en muchas de sus expresiones; pero considero *significativa* la atracción que ejerce en algún sector de la juventud de Europa y de Estados Unidos. Creo que ha venido a plantear, de manera en ocasiones brutal, la pregunta sobre el sentido de la religión en la vida de un creyente: quizá hemos olvidado demasiado rápidamente que, si constituye, según la expresión famosa de Paul Tillich, la “preocupación última”² en la vida de un ser humano, implica esencialmente la radicalidad del creyente, aunque de ninguna manera el obligar al otro a pensar de la misma manera que yo, y menos aún de disponer de su vida en aras de mis convicciones. Sin embargo, creo que con demasiada facilidad afirmamos que las religiones son fuente de mutua tolerancia; en realidad, al menos desde esta perspectiva *formal* de la que hemos hablado, no es tan evidente: la historia nos lo manifiesta, muchas veces dolorosamente. Mi opinión a este respecto es que la esencia del Cristianismo, su “contenido”, por decir de alguna manera, que es el **amor**, ante todo el amor a Dios; y en Él, el amor al prójimo, a *todo ser humano*, debe vencer siempre la tendencia formal a la intolerancia: el amor sólo puede “vencer” con las armas del amor: de otra manera, pierde su identidad.

Por otra parte, hay que reconocer que la “tolerancia religiosa”, como expresión del respeto por la libertad de los demás, cuando se malentiende se convierte en simple indiferencia respecto de lo que los demás piensen o hagan, mientras no me molesten. Se les podría aplicar la genial frase de Nietzsche: “Hay quienes dicen: ‘la virtud es necesaria’, pero en el fondo creen únicamente que la policía es necesaria”³. Lo que quiero subrayar al mencionar este rasgo del Islam es que la juventud de hoy no desconoce ni desprecia el valor de la radicalidad, aunque no la encauce adecuadamente: y su carencia es quizá una de las cosas que más nos pueden echar en cara a los cristianos adultos y, a *fortiori*, a quienes vivimos en la vida consagrada.

¹ F. M. Dostoyevski, *El Adolescente*, en: *Obras Completas II*, Madrid, Aguilar, 1977, 5a Ed., p. 1919.

² Cf. P. Tillich, *Teología Sistemática I*, Barcelona, Ariel, 1972, p. 278 et passim.

³ F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, Madrid, Alianza Editorial, 2013, p. 169.

2. Vida Cristiana: vocación a la santidad

El tema de la “radicalidad” es muy amplio para querer tratarlo aquí: en clave cristiana, se llama tendencia a la *perfección/santidad*⁴. Como antes señalaba, si el contenido de nuestra fe es el amor: “En esto conocerán que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros” (Jn 13,35), la única perfección cristiana que puede existir es la del amor: amor a Dios, y amor al prójimo (cfr. Mc 12,28-34, et *passim*).

En la exhortación apostólica *Vita Consecrata* encontramos una afirmación de la máxima importancia para nuestra reflexión. Haciendo referencia al Concilio (LG 42), dice: “Todo renacido en Cristo está llamado a vivir, con la fuerza proveniente del don del Espíritu, la castidad correspondiente a su propio estado de vida, la obediencia a Dios y a la Iglesia, y un desapego razonable de los bienes materiales, porque todos son llamados a la santidad, que consiste en la perfección de la caridad” (VC 30).

Quizá pueda parecer extraño que, en un ambiente como el nuestro, pretenda hablar de “santidad”, cuando habría que limitarse, en el mejor de los casos, a vivir medianamente bien la propia identidad cristiana. Sin embargo, no es así. Creo que debemos tener el valor para proponer a los jóvenes cristianos de hoy la “medida alta” de la santidad, como lo hacía san Juan Bosco... ¡a muchachos de la calle!

Hay un texto muy interesante de S. Kierkegaard en su Diario Íntimo en el que escribe: “Imagina un remedio cuya dosis entera actuara como laxante y media dosis como astringente (...). Así acaece con el cristianismo (...): media dosis actúa de un modo diametralmente opuesto a la dosis entera”⁵. La medicina que Kierkegaard imaginó sin conocerla, realmente existe (aunque no para dicho malestar): los antibióticos actúan de manera diametralmente opuesta si se toma la dosis completa, o si se toma a la mitad; en este último caso, los médicos recomiendan: mejor ni comience... Lo único que sucede, en tal caso, es que las bacterias se robustecen y se inmunizan: “lo que no me mata, me hace más fuerte”, según el aforismo de Nietzsche. En el evangelio encontramos una pequeña comparación en esta misma línea: dejar una torre a medio construir es mucho peor que no haberla comenzado (cf. Lc 14,28-30). Es la clásica “tibieza”, que en el Apocalipsis viene considerada como la actitud más “vomitable” (cf. Ap 3,15-16). Es de justicia, sin embargo, distinguir entre *dejar una torre a medio construir e ir a la mitad de la construcción de una torre*: en este último caso, nunca es motivo de burla. La tibieza no es *ir a la mitad*, sino *quedarse en ella*.

Puede parecer “fuera de lugar” hablar de la santidad en nuestro tiempo; pero estoy convencido de que los jóvenes no quieren conformarse simplemente con vivir “a medias” la vida cristiana, y menos aún aceptar guías que vivan mediocrementemente su fe. Por otra parte, no siempre se les ha hecho sentir la vida cristiana como realización en el amor, y en consecuencia, como fuente de alegría.

Comparto lo que aparece en un artículo reciente sobre la Nueva Evangelización, en Salesianum. El autor presenta un paradigma de la realización del ser humano, en la conjunción de dos perspectivas: la “objetiva”, llamada perfección, plenitud, santidad; y la “subjética”: felicidad, alegría, e incluso, en el sentido auténtico, placer. Dentro de este paradigma, establece un diagnóstico de la situación juvenil actual como una acentuación de la dimensión subjética, que en ocasiones excluye (o parece hacerlo) la dimensión objetiva: “quiero gozar el momento, y nada más me importa”. En un intento de interpretar esta actitud, afirma que, al menos en cierta medida, es una “reacción pendular” frente a la situación precedente, que acentuaba, de manera igualmente unilateral, la dimensión objetiva, sin apenas alguna

⁴ De hecho, en el Discurso de Inauguración del Capítulo General 27 de los Salesianos, afronté este tema, partiendo de su etimología: echar raíces, tener sólidos cimientos. En el mismo discurso presentaba la distinción entre “radicalidad” y “perfección”: a la pequeña planta no se le pide que dé frutos abundantes, sino que tenga buenas raíces.

⁵ S. Kierkegaard, Diario Íntimo, Buenos Aires, Santiago Rueda, 1955, p. 448.

referencia a la dimensión subjetiva (alegría, felicidad), ya que ésta se suponía asegurada, en todo caso... en la vida eterna. Esta manera de pensar, hay que reconocerlo, era frecuente en gran medida en la teología y la espiritualidad cristiana, y caía bajo la famosa crítica de F. Nietzsche: “Aquel a quien ellos llaman ‘redentor’, los arrojó en cadenas (...) Mejores canciones tendrían que cantarme para que yo aprendiese a creer en su redentor; ¡más cara de redimidos tendrían que tener sus discípulos!”⁶. El autor concluía:

En la medida en que este análisis puede ser correcto, nos permite ver con mayor profundidad y serenidad el momento actual, en vez de lamentarnos de la situación de los jóvenes, y nos impulsa, no a buscar un estéril e imposible retorno hacia el pasado, sino más bien a mirar hacia el futuro, en vistas de una síntesis en la que puedan integrarse plenamente las dos dimensiones, objetiva y subjetiva. Dicha síntesis sólo puede existir en lo que al mismo tiempo nos hace *santos y felices*, precisamente porque nos hace semejantes a Dios, que es Amor⁷.

3. Identidad y relevancia, tensión dialéctica en la vida consagrada

¿Qué sentido tiene la vida consagrada hoy, en especial para los jóvenes de nuestro tiempo? ¿Para qué sirve? Ambas preguntas parecen casi equivalentes; en realidad, no lo son en absoluto. La primera se pregunta sobre su *identidad*, mientras que la segunda lo hace acerca de su *relevancia*. Me imagino que este lenguaje evoca a muchos de nosotros el planteamiento del extraordinario libro de Jürgen Moltmann *El Dios Crucificado*. Esta tensión dialéctica, que constituye un *paradigma* para comprender la situación de la Iglesia en los tiempos recientes (el autor, evidentemente, no se refiere a la vida religiosa o consagrada), corre el peligro de descuidar uno de los dos aspectos esenciales, acentuando el contrario. Así, cuando la Iglesia busca proteger a toda costa su identidad, puede volverse irrelevante; en cambio, cuando quiere colocarse en primera fila junto a los movimientos y reivindicaciones sociales en sus diferentes ámbitos, puede “ganar el mundo entero” (en el mejor de los casos), pero con el riesgo de “perder su alma”, o al menos, su identidad religiosa. Como lo ha dicho en repetidas ocasiones el Papa Francisco, nos reducimos a ser una ONG (o un conjunto de ellas, según el propio “carisma”) más o menos cualificada y eficiente.

De hecho, Moltmann insiste en que dicha dialéctica no puede resolverse a nivel de Iglesia, sino que debe buscar su unidad más a profundidad, en el “Dios de Jesucristo”, más concretamente: en la cruz de Jesús.

– Profundizando en esta relación entre identidad y relevancia, aplicadas específicamente a la vida consagrada, lo primero que hay que decir es que *no se colocan al mismo nivel*; aunque mutuamente se enriquecen, no pueden ser intercambiables. La identidad fundamenta la relevancia, y no al revés. Con un ejemplo muy sencillo: un ser vivo no es humano porque pueda pensar, decidir, hablar: sino que puede realizar todo esto porque es un ser humano. Desde lo más profundo de su identidad puede realizar todas estas acciones. Es verdad que Jesús dice: “por sus frutos los conoceréis”, pero a nadie se le ocurrirá pensar que un árbol es manzano porque produce manzanas, sino al contrario. Lo que sucede es que veo primero los frutos de ese árbol, y deduzco gracias a ellos la identidad de la planta.

– Teniendo esto en cuenta, creo que es necesario clarificar primero lo que entendemos por “relevancia”, debido a su ambigüedad inherente, necesitada de discernimiento. Con frecuencia se distingue, casi jugando con las palabras, entre *eficiencia* y *eficacia*. La primera se considera muchas veces funcionalista y “horizontal”, mientras que la segunda sería la auténticamente evangélica, que nace de la misma identidad cristiana. Sin duda, esta distinción es válida, pero permanece el problema:

⁶ Nietzsche, Así habló Zaratustra, Madrid, Alianza Editorial, pp. 162-164.

⁷ J. L. Plascencia, La validità fondamentale della gioia, en: Salesianum 75 (2013), 149-151.155.

¿por dónde pasa la línea divisoria? Más aún: ¿pasa a través de la objetividad de las acciones, o más bien a través de la subjetividad de la intención, como ya hace muchos años observaba, en forma por demás crítica y no siempre justa, Hans Urs von Balthasar en su *Seriedad con las Cosas*?

– En lo personal, y especialmente durante mi servicio en la Congregación Salesiana como Rector Mayor, he insistido en la *significatividad evangélica* como criterio de discernimiento a este respecto. Para no quedarme en la retórica de un simple cambio de palabra, me gustaría profundizar en ella.

- a) La significatividad tiene, como raíz verbal, el carácter de signo; y esto la relaciona inmediatamente con el *Sacramento*, en cuanto (según nos enseñaron nuestros padres) “signo sensible y eficaz de la Gracia”. Hay que recordar, sin embargo, que esta noción tradicional se ha visto enriquecida por el Magisterio de la Iglesia y la teología desde su raíz original, Jesucristo, el Sacramento por excelencia⁸, y *la Iglesia*, Sacramento de salvación: tema central en el Concilio Vaticano II.
- b) En lo que hemos dicho antes se aludía a una de las características esenciales del *signo*, esto es: su “perceptibilidad” (no sólo “visible”: basta recordar el inicio de la 1ª carta de Juan: “lo que hemos visto, lo que hemos oído, lo que *tocaron nuestras manos*...): un “signo imperceptible” no sirve para nada. La Iglesia es útil para Dios y para la humanidad porque es *visible*, porque *manifiesta* el Amor de Dios, continuando así la misión de Jesús: “Quien me ve a mí, ve al Padre”.
- c) Por otra parte, conviene recordar que el signo no se centra en sí mismo; en cuanto signo, está en función de otra realidad. El humo no es signo del humo, sino del fuego. Jesús, en cuanto Signo, remite al Padre invisible (“a Dios nadie lo ha visto nunca”, insiste san Juan en dos ocasiones); la Iglesia no puede ser un fin en sí mismo, sino que es signo del Amor de Dios, y está en función del mundo, no de sí misma. Algo semejante debemos decir, y con mayor razón, de la vida consagrada; no cuenta con un “sacramento” propio, sino que es, en sí misma, sacramento, en sentido amplio.
- d) Finalmente, y en vistas a que pueda profundizarse como criterio de verificación de la vida consagrada y de su actividad, me gustaría ahondar en un detalle lingüístico. Cuando una realidad pierde su carácter de *signo*, se vuelve *in-significante*. Sin embargo, la semántica de esta palabra choca con esta explicación, en cuanto que habitualmente lo insignificante se identifica con lo pequeño, lo que apenas pueden percibir nuestros sentidos.

Veámoslo desde la etimología, con un ejemplo: una obra apostólica pequeña, que cuenta con un grupo de consagrados/as como núcleo animador, en colaboración con los cristianos laicos, en un territorio donde puede realizar una misión pastoral según el propio carisma, en contacto directo con sus destinatarios, es evangélicamente *significante*. Supongamos que el personal consagrado disminuye y le resulta prácticamente imposible el contacto con los destinatarios, pues apenas alcanza para dirigir y gestionar la obra, que mientras tanto, ha crecido en forma desmedida; paradójicamente, se ha vuelto... *in-significante*, ¡de tan grande que es!

Y uno de los efectos más deletéreos que esta situación produce es la pérdida de calidad en la vida fraterna y en las relaciones interpersonales. Nuevamente: una comunidad que sacrifica su identidad en aras de una supuesta relevancia, pierde su “alma”. Y, por supuesto, se vuelve infecunda, incapaz de suscitar entusiasmo en los jóvenes y, con ello, nuevas “vocaciones”. En esta significatividad, estoy convencido, se juega el futuro de nuestra Congregación y de la Vida Consagrada, en general; y es uno de los criterios más seguros para discernir entre la eficacia evangélica y la eficiencia funcionalista.

⁸ Basta recordar el famoso libro “preconciliar” (en un doble sentido: temporal y causal) de E. Schillebeeckx, “Cristo, Sacramento del encuentro con Dios”.

4. ¿Qué tipo de vida consagrada para los jóvenes de hoy?

La pregunta es interesante, aunque tampoco exenta de ambigüedad: no se trata de “adaptar” la vida religiosa a las exigencias de la cultura juvenil, y menos de claudicar frente a la radicalidad inherente no sólo a la vida consagrada, sino a la vida cristiana misma.

Por otra parte, hay que reconocer (en el fondo, se trata de una perogrullada) que los jóvenes que tocan a las puertas de nuestras casas y obras son *jóvenes de hoy*: a veces da la impresión de que algunas Congregaciones buscan candidatos de la edad media, o de la cristiandad constantiniana.

Considero que el magnífico análisis del documento sobre la formación en los institutos religiosos *Potissimum Institutioni* continúa siendo válido en sus grandes líneas, aunque evidentemente hay muchos elementos que en los años 90, en que se publicó, no existían o al menos no eran tan relevantes como hoy:

La sensibilidad de los jóvenes percibe profundamente los valores de la justicia, de la no-violencia y de la paz. Su corazón está abierto a la fraternidad, a la amistad y a la solidaridad. Se movilizan al máximo en favor de las causas que miran a la calidad de la vida y la conservación de la naturaleza. Igualmente tienen sed de libertad y de autenticidad. Aspiran generalmente, y a veces ardientemente, a un mundo mejor y no faltan quienes se han comprometido en asociaciones políticas, sociales, culturales y caritativas para contribuir a mejorar la situación de la humanidad. Son en su mayoría, a no ser que se hayan desviado por ideologías totalitarias de cualquier tipo que sean, ardientes partidarios de la liberación del hombre ante el racismo, el subdesarrollo, guerras, injusticias. Esta actitud no siempre está dirigida – y a veces está lejos de serlo – por motivos de orden religioso, filosófico y político, pero no se puede negar su sinceridad y gran generosidad. Entre ellos se encuentran quienes están marcados por un profundo sentimiento religioso, pero este mismo sentimiento tiene necesidad de ser evangelizado. Algunos, en fin, y no siempre son una minoría, han llevado una vida cristiana bastante ejemplar y se han comprometido valerosamente en el apostolado, experimentando ya lo que puede significar «seguir a Jesucristo más de cerca».

Supuesto lo dicho, sus referencias doctrinales y éticas tienden a relativizarse, hasta el punto que ellos no saben siempre muy bien si existen puntos de referencia sólidos para conocer la verdad del hombre, del mundo y de las cosas. La poca atención a la enseñanza de la filosofía en los programas escolares, a veces, ha influido en ello. Se encuentran dudosos cuando se trata de afirmar lo que son y lo que están llamados a ser. Cuando tienen algunas convicciones sobre la existencia del bien y del mal, el sentido de estos términos parece haberse desplazado de lo que significaba para las generaciones precedentes. Muchas veces hay una desproporción entre el nivel de sus conocimientos profanos, quizá muy especializados, su crecimiento psicológico y su vida cristiana. No todos han tenido en familia una experiencia feliz, dadas las crisis que atraviesa la institución familiar, tanto donde la cultura no ha estado profundamente impregnada de cristianismo, como en culturas de tipo postcristiano donde se impone la urgencia de una nueva evangelización, como incluso en culturas ya evangelizadas desde antiguo. Aprenden mucho por la imagen, y la actual pedagogía escolar favorece a veces este medio, pero leen menos. Ocurre a veces que su cultura se caracteriza por una ausencia casi total de dimensión histórica, como si el mundo comenzara hoy. Tampoco están exentos de la influencia de la sociedad de consumo, con las decepciones que engendra. Logrando, a veces con dificultad, encontrar su puesto en el mundo, algunos se dejan seducir por la violencia, la droga y el erotismo. Es cada vez menos raro encontrar entre los candidatos a la vida religiosa, jóvenes que han tenido experiencias infelices en este último aspecto (*Potissimum Institutioni*, nn. 87-88).

Una pregunta que en muchos ambientes consagrados aflora es: ¿por qué cada vez menos surgen vocaciones en los propios ambientes, y más bien vienen de otros contextos socio-carismáticos u otro tipo de obras? Es imposible responder en pocas palabras a este problema, en la medida en que se dé: no siempre es el caso. Uno de los primerísimos factores es la *familia*, mucho más que en otros tiempos. Otro, que me parece muy interesante, es la creciente “identidad carismática”, ligada también a la mayor edad en la que se toma una decisión a este respecto: haciendo una valoración muy genérica, en otros tiempos el adolescente que quería ser sacerdote consideraba este ideal como su prioridad, y la pertenencia a una Congregación o Instituto era más bien ocasional: si uno frecuentaba una escuela, parroquia o grupo juvenil de tales instituciones. Hoy, en cambio, en muchos casos colocan como prioridad la pertenencia a este o aquel Instituto. Dicho de manera muy simple: antes se era *sacerdote salesiano (o franciscano, o jesuita, o claretiano)*; hoy se es *salesiano sacerdote*.

No obstante todo esto, no podemos soslayar que, en muchos casos, nuestra forma de vida no los *entusiasma* (etimológicamente: no los *llena de Dios*) por dos motivos principales, entre otros: porque no descubren en nuestras comunidades verdaderos *hogares*, **núcleos de comunión fraterna**, aunque haya algún miembro de ellas que los convenza por su ejemplaridad; y además, porque nos perciben demasiadas veces “burócratas del Carisma”, evocando la famosa, y en gran parte injusta, expresión de E. Drewermann: no vale la pena aceptar las innegables renunciaciones que la vida consagrada implica, para luego vivir en forma mediocre. Aunque resulte extraño y hasta paradójico, los jóvenes que provienen de ambientes socio-económicos y culturales más elevados buscan no sólo coherencia y cumplimiento, sino radicalidad y -¿por qué no decirlo?- heroísmo, vivido siempre en la donación total, en el amor, a Dios y a los hermanos: de otra manera, pueden correr el peligro de convertirse en *talibanes*, incapaces de comprender y de aceptar a los demás.

En cambio, no considero como un problema prioritario, aunque a veces pueda existir, la “lucha generacional”, en la medida en que encuentren hermanos mayores, incluso muy ancianos, que estén felices de su vocación y que traten de aceptarlos como son, aunque les resulte difícil comprenderlos. El tiempo nos trata como al vino: el bueno, va haciéndose cada vez mejor; el malo, se vuelve vinagre cada vez más ácido. Uno de los formadores a quien recuerdo con más afecto, buen músico, me dijo una vez, hablando de la música moderna: “No la entiendo, pero me imagino y creo que ha de ser hermosa”. Los consagrados jóvenes no quieren ancianos que “quieran aparentar ser como ellos”, sino padres, en ocasiones, “abuelos”, auténticos y comprensivos.

¡Qué hermoso sería que pudiéramos hacer realidad, en nuestra vida cristiana y consagrada, la profecía de Zacarías: “Así dice Yahveh Sebaot: En aquellos días, diez hombres de todas las lenguas de las naciones asirán por la orla del manto a un judío diciendo: «Queremos ir con vosotros, porque hemos oído decir que Dios está con vosotros»” (Zac 8,23)!

5. Un cáncer de la vida religiosa actual: la virtualidad individualística

Puede parecer extraño y fuera de lugar, el hablar aquí de un aspecto aparentemente secundario, y peor todavía, satanizarlo llamándolo un “cáncer”, cuando, en realidad, es una de las características del mundo actual, en especial de los jóvenes, y constituye uno de las creaciones más revolucionarias de la humanidad. Todo ello es muy cierto, pero no deja de constituir un fenómeno planetario tremendamente ambivalente. Paradójicamente, trataré de evitar un juicio “moralizante” respecto a una de sus manifestaciones, según lo que decía al principio, evitando, al mismo tiempo, el “sectorializarlo”: sería ignorar la magnitud del problema.

Evidentemente, no es exclusivo ni mucho menos de la vida religiosa; en ella se comienza a manifestar, en todo caso, en el ámbito de la pobreza religiosa. No se trata, por supuesto, de indicar en los directorios de formación hasta qué número de *iphone* está permitido, o la conveniencia o no de colocar filtros en internet, etc. (*Entre paréntesis*: no es tan evidente, contra lo que pudiéramos pensar,

que el problema crezca o disminuya según la situación socio-económica de los países y continentes: en ocasiones, los consagrados en las naciones “ricas” se caracterizan por una mayor austeridad al respecto).

Prefiero partir de lo esencial en la vida consagrada, la donación total a Dios y a los demás, por amor. Esto implica por naturaleza, según la “identidad carismática”, una relación plena con las personas, ante todo con los que viven en las “periferias existenciales”. La virtualidad atenta directamente contra este *contacto directo e interpersonal*, privilegiando los grupos e incluso comunidades de facebook. Dicho de manera muy simple: corremos el riesgo de dejar de ser *manifestación concreta de Jesucristo, Buen Pastor*, para convertirnos en “especialistas de ovejería”, quizá aprendida en Wikipedia.

Me atrevo incluso a ver, desde esta perspectiva, un fenómeno ligado estrechamente al (mal) uso del internet: la pornografía. A este respecto, quedamos “descolocados” si pretendemos partir desde la perspectiva moral para anatematizarla: no les faltaría algo de verdad a los jóvenes de hoy, incluso religiosos, si nos acusaran de una visión maniquea y pesimista de la realidad humana en su totalidad, incluyendo el cuerpo humano, obra maestra de Dios, y la sexualidad. Los adultos debemos ser conscientes de que aquí ha cambiado un *paradigma*, y que si no lo tenemos en cuenta, nos exponemos a entablar un “diálogo de sordos”. Sería más bien quien así nos responde el que se vería totalmente “descolocado” si le dijésemos: “estoy totalmente de acuerdo contigo”; pero recuerda que Dios no ha creado “cuerpos”, sino seres *humanos*; en concreto, *hijos e hijas suyos*.

No es, sin duda, un fenómeno totalmente nuevo: pero sí lo es, en cuanto a su extensión y agresividad. Hace más de 50 años, escribía un gran psicólogo estadounidense, Rollo May, citado por Josef Pieper en su libro *El Amor*: “La pornografía (en el caso concreto, se refería a *Playboy*) no ha quitado la hoja de parra del cuerpo de la mujer; lo único que ha hecho ha sido cambiarla de lugar: ahora cubre su cara”. Me parece imposible expresar con mayor precisión e incisividad lo que queremos decir: *la despersonalización del ser humano*.

Usando una comparación muy sencilla, podemos decir que lo que más se parece a un billete auténtico de cien euros... es un billete falso de cien euros. Esto es precisamente lo que sucede con la pornografía: pretende presentar la realidad tal como es humanamente, cuando en verdad la está falseando en su totalidad: el billete falso no vale ni cien euros, ni tampoco uno... Pero sólo puede pasar por verdadero si se parece lo más posible al auténtico.

Soy plenamente consciente de que éste es sólo uno de los aspectos del fenómeno de la pornografía. Pero visto así, desdramatizado, nos revela su peligro más profundo: hace a la persona cada vez más incapaz de amar y ser amado; más aún: incapaz de relacionarse con el otro/a como personas. Además, desde este paradigma, podemos responder a quien, joven consagrado o no, pasa todo el día navegando virtualmente (que no virtuosamente) en internet y que nos puede responder: “¿Qué problema hay? No estoy viendo nada ‘malo’” (entendiendo por ‘malo’ la pornografía). Aun en tal caso, el problema de fondo sigue siendo el mismo: quien así habla, se está “despersonalizando” cada vez más. Por ese camino, al final se encontrará sólo consigo mismo... y con sus “fantasmas”.

Cuando el Papa Francisco exhortaba a los obispos a “tener olor de oveja”, no se refiere ante todo a la austeridad y la pobreza, y menos aún al descuido de la propia persona, en tal caso, ¡puedo imaginar lo irrespirable que será el aire en la Asamblea de la Conferencia Episcopal! Lo que él quiere acentuar es el con tacto inmediato y personal del Buen Pastor con sus ovejas, llamándolas por su nombre, buscando con un cansancio real, físico, a la oveja perdida; y sobre todo, dando su vida por ellas...

6. ¿Es “útil” la vida religiosa? Una parábola de futuro y esperanza

A primera vista, parecería que esta pregunta es puramente retórica, sólo para provocar una respuesta del todo afirmativa. No es así de sencillo. El Papa San Juan Pablo II escribía, al final de *Vita Consecrata*:

No son pocos los que hoy se preguntan con perplejidad: ¿para qué sirve la vida consagrada? ¿Por qué abrazar este género de vida cuando hay tantas necesidades en el campo de la caridad y de la misma evangelización, a las que se pueden responder también sin asumir los compromisos peculiares de la vida consagrada? ¿No representa quizá la vida consagrada una especie de despilfarro de energías humanas que serían, según un criterio de eficiencia, mejor utilizadas en bienes más provechosos para la humanidad y la Iglesia? Estas preguntas son más frecuentes en nuestro tiempo, avivadas por una cultura utilitarista y tecnocrática, que tiende a valorar la importancia de las cosas y de las mismas personas en relación con su ‘funcionalidad’ inmediata. Pero interrogantes semejantes han existido siempre, como demuestra elocuentemente el episodio evangélico de la unción de Betania: “María, tomando una libra de perfume de nardo puro, muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos. Y la casa se llenó del olor del perfume” (Jn 12,3). A Judas, que con el pretexto de la necesidad de los pobres se lamentaba de tanto derroche, Jesús le responde: “Déjala” (Jn 12,7). Esta es la respuesta siempre válida a la pregunta que tantos, aun de buena fe, se plantean sobre la actualidad de la vida consagrada: ¿No se podría dedicar la propia existencia de manera más eficiente y racional para mejorar la sociedad? He aquí la respuesta de Jesús: “Déjala”. A quien se le concede el don inestimable de seguir más de cerca al Señor Jesús, resulta obvio que Él puede y debe ser amado con corazón indiviso, que se puede entregar a Él toda la vida, y no sólo algunos gestos, momentos o ciertas actividades. El unguento precioso derramado como puro acto de amor, más allá de cualquier consideración “utilitarista”, es signo de una *sobreabundancia de gratuidad*, tal como se manifiesta en una vida gastada en amar y servir al Señor, para dedicarse a su persona y a su Cuerpo místico (VC 104).

Dejando a un lado algunas expresiones que sería necesario matizar, hay que reconocer que la vida consagrada cada vez irá “sirviendo” menos a la sociedad, en la medida en que ésta pueda asumir actividades y obras que en otros tiempos sólo la Iglesia, y en ella la vida consagrada, realizaba: por ejemplo, en los ámbitos de la educación, la promoción humana, el cuidado de la salud...

Sin embargo, todo esto no suprime en absoluto la *eficacia evangélica de la vida consagrada, su “significatividad”*, que se manifiesta en dichas actividades educativas, promocionales o asistenciales, pero que no se agota en ellas.

Me gustaría concluir esta reflexión sobre la vida consagrada colocándola en un marco mucho más importante, y a través de una parábola, inspirándome, en el pensamiento e incluso en alguna expresión, en la experiencia del mártir cristiano Dietrich Bonhoeffer. Pues el carácter de “signo” de la vida consagrada nos remite a la pregunta sobre *Dios: ¿Para qué “sirve” Dios?*

A esta pregunta, la historia de la Iglesia y del pensamiento humano ha dado varias y diferentes respuestas: pero quizá, en el fondo, son inadecuadas: pensar que Dios “nos sirve para algo” es no tomar en serio a Dios, reduciéndolo a ser un medio en vistas a un fin, diverso de Él.

Me parece que la historia de la humanidad se parece a la de una persona humana, desde su infancia hasta su plena madurez humana. El niño pequeño “necesita” de sus padres porque no es capaz de valerse por sí mismo: desde su supervivencia física, su alimentación, su educación... Sus papás son “útiles” para todo ello, los “necesita”.

Sin embargo, llega el tiempo de la adolescencia y la juventud, durante las cuales sabemos que la actitud del hijo cambia radicalmente: “¡No tengo necesidad de vosotros!”: puede valerse por sí mismo

para llevar adelante su vida, sus estudios, sus relaciones. Más aún: en la medida en que “todavía” los necesitara, es simplemente porque se prolonga su infancia y niñez: casa, dinero, vehículo...

No obstante, la relación no termina así. Al llegar a la adultez, se supone que la persona ya no “necesita” en absoluto de sus padres. ¿Es realmente así? ¿No es más bien cuando *comienza a comprender en su sentido auténtico* la “necesidad” que tiene de ellos, en especial cuando ya no se encuentran en este mundo? No para que le resuelvan sus problemas, o le ayuden a hacer la tarea que por sí solo era incapaz; todo esto lo puede hacer por sí solo; sino porque su presencia y su apoyo sería una riqueza invaluable e insustituible para él.

Si lo tomamos como una parábola que refleja una “megatendencia” de la humanidad, podemos considerar que hasta hace algunos siglos, Dios era “necesario” para que me resolviera mis problemas, y los de la humanidad entera. En nuestros tiempos “adolescentes”, no sentimos la *necesidad de Dios*; más aún, en algunos ambientes es necesario que no exista, como quien bloquea e impide nuestra plena realización humana, de forma semejante a lo que enseña la psicología y la pedagogía respecto al rechazo de los padres por parte de su hijo. Si así fuera, y soportando “el peso de la historia” actual, ¿podemos imaginar que a nivel de humanidad, estamos preparándonos para una etapa futura, en la que podamos **re-descubrir**, en forma totalmente nueva, la **auténtica necesidad que tenemos de Dios**? Este paso, sin duda, no será “automático”; y creo que para ello ayudará, en gran manera, **la vida consagrada del futuro**.

Pascual Chávez V., SDB